



Al otro lado del espejo mexicano

G. G.-P.

Roberto Sifuentes y Guillermo Gómez-Peña
en la serie *Mapa-Corpo*.
Foto: Zach Gross

I Salí de la Ciudad de México en 1978 para ir a estudiar arte en California, “la tierra del futuro” como la veía mi generación perdida. Demasiado joven para ser un hipiteca y demasiado viejo para ser punketo, yo era un rebelde intersticial, un escritor y artista que no encontraba espacio para respirar en la sofocante cultura oficial de México. En aquel entonces, los cárteles del arte y la literatura estaban estructurados al modo de la jerarquía eclesiástica y tenían que rendirle cuentas a un jefe intocable; el arzobispo y árbitro definitivo de lo aceptable como “alta cultura” y “mexicanidad”: Don Octavio Paz.

En aquellos días la identidad en México era un concepto intrínsecamente conectado al territorio y a la lengua nacionales. Un mexicano era alguien que vivía en México y hablaba español como mexicano. Punto. No existían otras alternativas para ser mexicano. A pesar de nuestras múltiples apariencias, y diferentes colores de piel, el mestizaje era el *dictum* oficial y la narrativa dominante sobre la identidad. Nos gustara o no, los mexicanos éramos los hijos bastardos de Cortés y la Malinche, producto de una violación colonial y una cesárea cultural, condenados eternamente a lidiar con nuestro “trauma” histórico. Los millones de indígenas, los protomexicas originarios, eran concebidos como si vivieran en un tiempo y un espacio paralelos (y míticos) fuera de nuestra historia y sociedad. La paternalista jerga indigenista del gobierno y la *intelligentsia* reducía a los indígenas a meros especímenes etnográficos infantilizados y pintorescos, criaturas que parecían estar subvencionadas por el Ministerio de Turismo y el *National Geographic*. Su imagen fotográfica, su folclor y su tradición eran “nuestros” pero no así su miseria, su desempleo y su desesperación. No sorprende que muchos eligieran abandonar el país.

Quienes se atrevían a emigrar “al otro lado” se convertían inmediatamente en traidores. Estos

mexicanos “inauténticos” estaban destinados a unirse a las filas de los siniestros “pochos”, los otros huerfanitos del Estado-nación mexicano. Y así cuando yo crucé la frontera comencé mi proceso inadvertido de pochoización o des-mexicanización.

II

Al llegar a los Estados Unidos incurrí sin saberlo en una conducta tabú: empecé a rolar con chicanos (mexico-americanos politizados) y a escribir en *spanglish* (la lengua de los pochos) sobre nuestra identidad híbrida –demonizada en ambos países–; la única identidad que conocía mi generación. Me di cuenta de que una vez que se ha cruzado la frontera no se puede nunca regresar realmente. Cada vez que lo intenté, terminé “al otro lado” como si estuviera caminando eternamente sobre una faja de Moebius.

Mis ex-paisanos del lado mexicano de la línea se esmeraron en recordarme que ya no era “un verdadero mexicano”, que algo, un diminuto y misterioso cristal (¿mi mexicanidad?) se había roto en mi interior para siempre. A los cinco años de estar “retornando”, en la opinión de mis ex-paisanos, yo, como buen pocho, había olvidado ya el libreto original de mi identidad. Aún peor, había “naufregado” del otro lado (Octavio Paz utilizo esa significativa metáfora en un ensayo muy controvertido que encolerizó a la *intelligentsia* chicana).

III

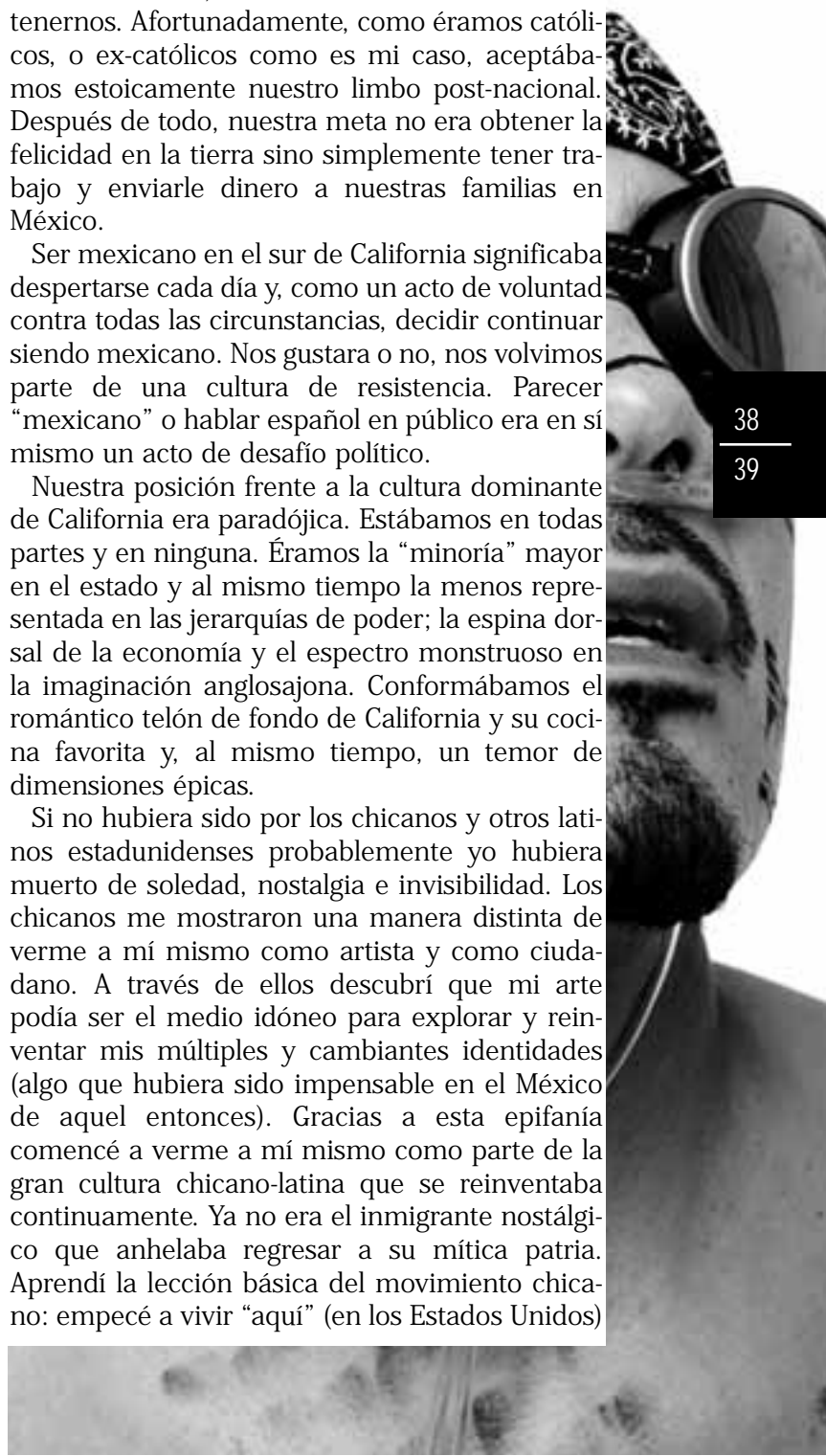
Durante décadas el gobierno de los Estados Unidos y el Partido Revolucionario Institucional (PRI) habían estado inmersos en una obstinada partida de ajedrez. Lo que estaba en juego era el nacionalismo autodefensivo. Ambos lados veían a la frontera como una línea recta y no como una faja de Moebius; como un callejón sin salida, y no como una intersección. Para los Estados Unidos la frontera era el alarmante comienzo del dantesco Tercer Mundo y por lo mismo “la zona más sensible de la seguridad nacional”. Mientras para México era un muro conceptual que marcaba los límites ulteriores de la mexicanidad ante la amenazante otredad gringa. Ninguno de los dos países entendía (más bien cada cual pretendía no entender) la importancia política y cultural de la inmensa migración mexicana que estaba teniendo lugar. En sus momentos más generosos, México nos veía a nosotros los emigrantes como indefensos “mojados” a merced de la migra pero no hacía nada para defendernos. A pesar de la

jerga nacionalista de los políticos priistas, México tenía las manos atadas por los créditos de los patronos de Washington y por los compromisos secretos con sus socios de negocios en el norte. Los gringos nos veían, según les convenía, como la fuente primaria de todos sus males sociales y preocupaciones financieras, especialmente en épocas económicas adversas. Para decirlo de manera categórica, nos percibían como un puñado de criminales transnacionales, pandilleros, narcotraficantes, bandidos hollywoodenses, y éramos tratados correspondientemente. Nuestro país de origen se sentía aliviado de que nos hubiéramos ido; el otro estaba atemorizado de tenernos. Afortunadamente, como éramos católicos, o ex-católicos como es mi caso, aceptábamos estoicamente nuestro limbo post-nacional. Después de todo, nuestra meta no era obtener la felicidad en la tierra sino simplemente tener trabajo y enviarle dinero a nuestras familias en México.

Ser mexicano en el sur de California significaba despertarse cada día y, como un acto de voluntad contra todas las circunstancias, decidir continuar siendo mexicano. Nos gustara o no, nos volvimos parte de una cultura de resistencia. Parecer “mexicano” o hablar español en público era en sí mismo un acto de desafío político.

Nuestra posición frente a la cultura dominante de California era paradójica. Estábamos en todas partes y en ninguna. Éramos la “minoría” mayor en el estado y al mismo tiempo la menos representada en las jerarquías de poder; la espina dorsal de la economía y el espectro monstruoso en la imaginación anglosajona. Conformábamos el romántico telón de fondo de California y su cocina favorita y, al mismo tiempo, un temor de dimensiones épicas.

Si no hubiera sido por los chicanos y otros latinos estadounidenses probablemente yo hubiera muerto de soledad, nostalgia e invisibilidad. Los chicanos me mostraron una manera distinta de verme a mí mismo como artista y como ciudadano. A través de ellos descubrí que mi arte podía ser el medio idóneo para explorar y reinventar mis múltiples y cambiantes identidades (algo que hubiera sido impensable en el México de aquel entonces). Gracias a esta epifanía comencé a verme a mí mismo como parte de la gran cultura chicano-latina que se reinventaba continuamente. Ya no era el inmigrante nostálgico que anhelaba regresar a su mítica patria. Aprendí la lección básica del movimiento chicano: empecé a vivir “aquí” (en los Estados Unidos)



y “ahora”, a asumir mis nuevas contradicciones y mi proceso incipiente de politización como miembro de una mentada “minoría”. Empecé a “reterritorializarme” pues. Y así comenzó mi proceso de chicanoización.

IV

Durante toda una década los chicanos nacionalistas más extremos exigieron de mí altos tributos y tuve que someterme a minuciosas investigaciones forenses de identidad y a exámenes de sangre. Mi deseo de “pertenecer” pesaba más que mi impaciencia y yo esperaba estoicamente mi “conversión”. Durante este tiempo me vi agobiado por una difícil situación existencial que me hizo derramar muchas lágrimas, crear performances llenas de patetismo y entregarme a reflexiones obsesivas. ¿Cómo fundamentar y articular mis múltiples repertorios de identidad en un país que ni siquiera me consideraba un ciudadano? ¿Cuáles son los factores cruciales que determinan el grado de chicanoización? ¿Es acaso el

tiempo recorrido como mexicano activo políticamente en los Estados Unidos o el compromiso a largo plazo con nuestras instituciones y causas? ¿Era ya un verdadero chicano y no me había dado cuenta? Y en este caso ¿cuándo exactamente había sucedido esto? ¿El día en que me arrestaron por responderle con insolencia a un policía o el día en que murió mi padre y se rompió para siempre mi cordón umbilical con México? ¿La conversión sucedió quizás cuando mis ex-paisanos mexicanos comenzaron a verme como otro?

Hoy, después de veinticuatro años de cruzar esa maldita frontera en ambas direcciones; a pie, en auto y en avión, cuando escribo este texto me pregunto si todavía importa cuándo sucedió mi conversión. En este momento me doy cuenta de que el espacio entre mi remoto pasado mexicano y mi futuro chicano es inmenso y que mi identidad puede zigzaguear libremente entre uno y otro. Finalmente, fueron mi arte y mi literatura los que me han otorgado la plena ciudadanía que ambos países me negaran. A través de mi obra, inventé mi propio país conceptual. En la “cartografía invertida” de mis performances y escritos, los chicanos y los latinos estadounidenses se han vuelto la cultura dominante con el *spanglish* como *lingua franca*, mientras los anglosajones monoculturales (*wasps* o *waspanos* [*wasp* = *white anglo-saxon protestant*]) resultan una mera minoría que disminuye continuamente. Ellos son incapaces de participar en la vida pública de “mi” país conceptual por su renuencia a aprender español y a abrazar nuestra cultura. En mis performances, mis colegas y yo invitamos primero a “todos los emigrantes y gente de color” a entrar primero al museo; luego a “toda la gente bilingüe y a las parejas interraciales” y finalmente a “todos los anglos monolingües”. Tratamos a nuestras audiencias como “minorías exóticas” y como extranjeros temporales en “nuestra” América; asumimos un centro imaginario y desplazamos a la cultura dominante hacia los márgenes. Los críticos de arte describen esta epistemología radical como “antropología invertida” y como “arte chicano ciberpunk”. Para mí no es otra cosa que una forma humorística de realismo social. ■



Guillermo Gómez-Peña en Strange Democracy.
Foto: Zach Gross